



M. T. Podestá

Transformismo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

Transformismo

Después de aquella lectura, su espíritu había sufrido una especie de conmoción.

Era la primera vez que la verdad se destacaba de sus libros, surgiendo espontánea, y con formas perfectamente delineadas, para ir a grabarse en su cerebro.

No eran ya romances lo que hojeaba por entretenimiento y para emplear en algo las largas horas de ocio que constituían la mayor parte de sus días -romances que leía distraído, sin preocuparse de la intención del autor-, personajes que seguía maquinalmente en la lectura, y que, a poco andar, perdía de vista en los capítulos que salteaba, estimulado por el desenlace.

Los personajes con quienes se había entretenido, tenían un relieve real; le parecían conocidos y hasta encontró semejanza entre alguno de los que él había tratado y la runfla de *l'Assommoir*.

Por momentos iba a completar el cuadro; no le hubiera faltado mucho para codearse con ellos y formar parte de la comitiva.

Cuando pensaba en esta circunstancia, en puntos de contacto, veía que era fácil suprimir ciertas angulosidades de *A* o *B* para decir: -ese soy yo en cuerpo y alma. -El, que iba bajando las gradas carcomidas del desquicio, sin la esperanza de encontrar un punto de apoyo firme para el porvenir.

La idea de que la miseria lo condujese al vicio, a la degradación, a la inutilidad que gravita sobre la mesa social como un estorbo, hacía sublevar en sus sentimientos un poco de dignidad y le hacía aventurar un propósito firme, incommovible, de cambiar de situación. Ideas nuevas, revestidas con colores halagadores empezaron a trepar por las sinuosidades de su cerebro, ideas que ya no desechaba como utopías o cosas imposibles de realizar; por el contrario, sentía el calor de la juventud y del entusiasmo extenderse por sus músculos, por su cabeza, por su sangre, cuya circulación empezaba a acelerarse. Temía volverse de nuevo poeta y que las frivolidades de su pensamiento lo ataran con sus redes sutiles y tentadoras.

Estaba persuadido de que le faltaba talento para levantar su nombre en la esfera de la originalidad y de que, en vez de aplausos, cosecharía la indiferencia y las críticas amargas de los lobos de la literatura que esperan en la encrucijada alguna oveja inocente.

-Nada de poesía -exclamó de pronto, levantando su brazo como un estandarte de guerra... - Nada de poesía... Homero, Dante, Shakespeare... me despido de ustedes... tal vez para siempre.

Estoy harto de Aquiles, de Héctor y de Casandra; en cambio, mis bolsillos están más escuálidos que el estómago del Conde Ugolino, y la Beatriz que me ha tocado en lote, no merece ni los honores del infierno. Basta de Ofelias enloquecidas y de Hamlets meditabundos y filósofos; estamos en una época de positivismo y el corazón está en el bolsillo.

Pero no; aquí adentro hay algo que me vigila, que me observa y me hace reconciliar

conmigo mismo cuando un mal pensamiento viene a enturbiar por un instante la calma de que disfruto; y al decir esto, se golpeaba con la mano abierta en medio del pecho, como si quisiera hacer un llamamiento a algún ser oculto dentro de su cuerpo.

Se puede ser hombre de bien y hombre de fortuna, se puede alcanzar la cima sin dislocar el espinazo, se puede comprimir puñados de dinero sin que la mano quede embadurnada; no hay que tener miedo del qué dirán por ser honesto... yo no necesito ese freno... aún puedo ruborizarme... Por otra parte, no tengo nada... ni un centésimo, y, al hablar así, dio vuelta a sus bolsillos, que parecían dos vientres destripados.

-No valgo nada -dijo encogiéndose de hombros, -soy una nulidad: en arte, no distingo la recta de la curva; en finanzas... ¡bah! las finanzas se aprenden en un momento...

He manoseado unos cuantos libros que han hecho la gloria de sus autores, me he asimilado una media docena de ideas, he podido codearme con las producciones de esos genios que han pasado sobre millones de hombres, los he leído y releído, los sé de memoria, y ahora me pregunto: ¿qué me hago yo de todos esos conocimientos? ¿qué empleo doy a ese caudal de ideas cultivadas con tanto esmero en mi memoria y guardadas como un tesoro?

Dicen que el saber no estorba... ¡Bah! si supiera tantas cosas, si no tuviera un bagaje de ilustración que me hace presumido, si fuera un individuo así, a la llana, un buen burgués cualquiera, tendría mi negocio, mis comodidades, sería propietario, habría llegado a ser concejal, tomaría parte en los negocios públicos, me pondría guantes los domingos, y muy señor mío que andaría luciendo mis carrillos y mi vientre... Sería concejal -volvió a repetir lentamente, y luego, riéndose con ironía, añadió: -¡qué disparate!

Esa vida, así material y fatigosa, no se ha hecho para mis músculos ni para mi cerebro; esa existencia prosaica, que nos despierta todas las mañanas con un golpe de puño en el pecho, como un mazazo y nos indica el camino del trabajo... No, no he nacido para eso.

Mi constitución y mi temperamento me han llevado por otros rumbos, he seguido a los poetas como una mujer enamorada, he gozado con sus versos, con sus bellezas, con sus sueños, he vinculado mi espíritu con el suyo, he llorado con sus lágrimas, batido palmas con sus triunfos.

Cuando he visto su vida aporreada por las gentes, la humanidad me ha parecido más vulgar y más egoísta, y sobre ese modelo he ido calcando mis ideas y mi criterio.

Después que un hombre rinde su savia, su tranquilidad y su genio, se da un puntapié a su nombre y a sus huesos... ¡Ah! la posteridad se presenta compungida, los va olfateando como un perro, los encuentra, los desentierra, los coloca bajo el amparo del mármol y del bronce y los cubre con su manto de gloria.

Y hablando así, con cierto encono y con la aspereza de lenguaje de un individuo superior que ve a sus pies los hombres y las cosas, se iba engolfando insensiblemente en la filosofía descarnada del pesimista que todo lo ve sombrío y próximo a zozobrar.

Accesible sólo a lo bueno, encontraba por todas partes las rugosidades de la vida real; la verdad le hacía daño, le producía la misma impresión del que, sin saberlo, acaricia el lomo de una víbora; soñador sempiterno con la fortuna, esperando como los niños que el hada benéfica se le apareciese un buen día colmándole de dones.

Tenía épocas en que estaba arrinconado, huraño; si en esos momentos alguien lo hubiese arrojado a la calle en medio del bullicio y del movimiento, al contacto de los hombres y en el comercio de las ideas y de los hechos, habría disparado como un animal enamorado que no puede vivir fuera de su cueva.

En los instantes de exaltación maníaca solía exclamar yo debí ser fraile; en ningún caso habría encontrado mejor ambiente para mi inercia.

¡Oh! si hubiese sido fraile, cuánto bien habría hecho a mis semejantes... Es imposible, me falta la fe y no concibo mayor sacrificio que estar mintiendo en obras y en hechos cuando no se cree en nada. ¡Qué ideal, qué bella misión sería la del sacerdote que ajustase sus actos al Evangelio!... hasta allí ha llegado la ráfaga del positivismo que lo materializa todo, y por esto hemos levantado el pico, afanados en demoler el edificio vetusto que cuenta diez y nueve siglos de existencia: los cimientos están descubiertos, pero la piedra secular resiste al choque... los mercaderes han invadido otra vez el templo y las gentes se ríen de la excomunión y del fuego eterno.

La mejilla está harta de lodo y bofetadas y nadie presenta la otra para recibir el estigma afrentoso que le conquistó el reino de los Cielos.

Los bienaventurados pobres de espíritu van a los manicomios; la gente tiene hambre y sed de vida holgada; Belcebú se ha llamado a sosiego, harto de perder almas y de achicharrar infelices en sus hornallas.

Venga el nuevo Mesías con el brazo nervudo, fuerte, la cara sudorosa cubierta de polvo y de carbón, el pecho cuadrado y velludo, y empuje con mano firme ese organismo de entrañas de fuego que va tragando distancias, dando alaridos de regocijo.

Esta es la lucha fructífera del siglo que va colmando de bienestar y de riqueza a las generaciones que surgen con otras ideas y con horizontes sin nubes.

El que espera que un rayo de sol le caliente el vientre, habrá perdido su tiempo; la golondrina habrá hecho ya su nido sobre el techo y se habrá buscado el alimento para sus pichones.

Estamos en la época de la neurosis: la enfermedad de los inútiles, de los débiles, de los pusilánimes, de los que tienen un muro chino delante de los ojos.

Después de esta declamación enfática, se quedó un rato pensativo. Luego añadió: -el trabajo rudo, continuo, sin tregua, que lleve su contingente al seno de las sociedades para mejorar sus condiciones y ostentar con legítimo orgullo el terror levantado en la aridez del desierto... Pobres zánganos, no hacemos más que devorar la colmena hasta ver las tablas del barril que la encierra.

En esta sociedad nueva, cosmopolita, que lo va improvisando todo, que se desarrolla con la rapidez vertiginosa y que no se preocupa de lo que el hombre es, sino de lo que vale, yo me he cerrado las puertas, aquí donde a nadie se niega la entrada; amplias y abiertas están de par en par, y entre todo el que quiera y tenga deseos de trabajar, venga de donde viniere; traiga ideas nuevas, traiga su contingente de buena voluntad, y aunque sus bolsillos estén como los míos, encontrará barro a mano y nadie se reirá de su nariz y de su joroba.

¡Oh! es bochornoso languidecer en la inacción y esperar que nos pongan el pan en la boca amasado y caliente.

Estoy metido en un callejón sin salida -y al decir esto, miraba sus ropas que empezaban a desprenderse de sus costuras como una montura vieja; echó una ojeada a su sombrero que estaba colocado como un maniquí sobre una percha; al mirarlo así, a la distancia, le parecía que se había conmovido y espeluznado más con su discurso; se veía él mismo debajo de su copa abollada y se tuvo lástima; -¡qué ridículo debo estar con este sombrero! ¡cómo se reirán de mí los que pasan! ¡Bah! yo lo cambiaré por otro. Se fijó que todavía tenía el luto y que éste había tomado un color verde bronceado, se levantó rápidamente, tomó el sombrero indefenso y le arrancó el merino, diciendo: -basta de duelos indignos y de romanticismo absurdo.- Dirigió en seguida una mirada fiscalizadora a todos los ámbitos de su vivienda: esa mañana le pareció más pobre, más desaseada; parecía imposible que hubiese podido soportar tanto tiempo la presencia de esos muebles y de esas paredes; le dio repugnancia,

fastidio, y sin preocuparse de lo que quedaba, tomó de nuevo su sombrero, y dejando puertas y ventanas abiertas, se lanzó fuera con una cara de demente.

En la calle, hizo la firme resolución de no volver a su casa. Estaba harto de vivir en la cueva y de aspirar constantemente el ambiente rancio de miseria en un país donde todos hacían fortuna sin gran esfuerzo.

Era un gran culpable y sus propósitos de enmienda tal vez llegaran tarde.

Miraba el reverso de su situación y veía el buen camino, amplio, venturoso, para llegar a conquistar un puesto al lado de los demás.

.....
Era un día espléndido, de esos que elegía siempre para vagar y que los tenía gastados por docenas en echar cuentas de desocupado sin arribar a nada práctico; había adquirido un poco de buen humor; su cara enjuta, angulosa y macilenta, intentaba un esfuerzo para acomodar una sonrisa y saludar así a la Naturaleza que reparte generosa el aroma de sus flores y empuja suavemente un rayo brillante al través de las rendijas.

Tendré mi pedazo de sol, tibio, que me acaricie la frente sin egoísmo y sin interés; tendré una pantalla verde que me dé sombra suave, soñadora, y luego, mis pulmones, aguerridos contra los miasmas, tendrán oxígeno de sobra para dilatar ampliamente sus vesículas.

-¡Qué agradable es todo esto! -pensó después para sí.

El sol, el aire, las flores, la sombra dulcísima de las plantas, todo le parecía encantador; poetizaba lo que tantas veces había mirado con indiferencia; sensaciones nuevas recorrían su cerebro como ondas eléctricas que van a despertar impresiones adormecidas de otros tiempos, y un bienestar desconocido confortaba su organismo derrumbado.

A medida que iba avanzando por las calles se sentía fuerte, vigoroso, capaz de algo que significara esfuerzo, y hablando entre dientes, gesticulando como un poseído, iba haciendo planes y cálculos de esos que tantas veces había apuntado en su imaginación y que se habían desvanecido como un palo dado en el agua.

Andando así, lentamente, tropezando, empujando distraído a los transeúntes, oyendo a sus espaldas algunos refunfuños y amenazas de los que eran agredidos inconscientemente por ese personaje curioso, llegó a desembocar en la plaza del Retiro; se detuvo un momento, indeciso, en la esquina: respiró fuertemente el aire embalsamado que venía del río, y como si no se atreviese a andar solo por aquel descampado, retrocedió algunos pasos. Le parecía que iba a sufrir el vértigo del vacío, estaba acostumbrado a pasar días y semanas encerrado en su vivienda estrecha, sombría, aplastada, bajo un techo que se tocaba estirando el brazo, y aquel aire fresco, aquel espacio cubierto de vegetación, aquel cielo azulado, diáfano, apenas surcado por pequeñas nubes que asomaban tímidamente para desvanecerse en seguida; la hora, el silencio, la luz radiante que iluminaba el paisaje, todo este conjunto indiferente para los que están acostumbrados a no detenerse a contemplarlo, era para él una novedad, un estímulo, un atractivo que le hacía cambiar insensiblemente de rumbo y que ahuyentaba de su espíritu las ideas sombrías que lo habían amarrado hasta entonces como un tronco hueco y carcomido.

.....
Había llegado lentamente hasta la plaza. Después de vagar algunos momentos alrededor del césped, después de haber hecho una excursión a la gruta y haber recorrido con una sonrisa desdeñosa sus laberintos de ladrillo revocado, fue a buscar un sitio solitario a la sombra de un paraíso corpulento que se había librado milagrosamente de la furia de devastación que había exterminado a sus compañeros.

Bajo la tupida copa de verdura se proyectaba una mancha suave de fresca sombra que

invitaba al reposo: se sentó en un banco rústico, estiró sus largas piernas, echó para atrás su cuerpo delgado que crujió como un almacén de caña, y poniendo cuidadosamente sobre el césped su sombrero de felpa raída y verdosa, se entregó a un éxtasis inefable.

Largo rato permaneció así, con los ojos cerrados, la cabeza recostada sobre el tronco del árbol que le servía de respaldo, aspirando a sorbos las ráfagas de aire embalsamado que agitaban sus cabellos. Se sentía bien en aquel recinto, lejos del bullicio, arrullado por el murmullo de las hojas y por el zumbido de los insectos que se disputaban una gota de esencia en el cáliz de las flores.

Los nervios empezaban a calmarse y su corazón de anémico, que latía fatigado y tumultuoso, fue regularizando su ritmo para derramar con las ondas de sangre más rica la placidez bienhechora a su cerebro de neurótico.

Muchos minutos pasó en este éxtasis, acariciando sus sueños, sus promesas, y un porvenir que se le había presentado hasta entonces como un borrón de tinta en las faldas de una virgen.

Sus sueños iban tomando formas cada vez más caprichosas y halagadoras; se veía transportado a un bienestar envidiable por un camino accesible, fácil, un enjambre de manos amigas procuraban tomar las suyas, sus antiguos compañeros estaban allí, ricos, encumbrados, felices; ya no lo miraban de reojo ni con desprecio; tenía hogar, familia, fortuna: estaba transformado.

Por nada de este mundo habría abierto los ojos; era tan feliz en esos momentos, que ponía todo su empeño en prolongar esta dicha que tan pocas veces había disfrutado.

Cuando despertó, el sol estaba ardiente; serían, aproximadamente, las doce; algunas mariposas doradas cruzaban delante de sus ojos, haciendo círculos voluptuosos y perdiéndose en los pequeños bosquecillos del césped; el ambiente estaba saturado del perfume de las flores, y su cuerpo enervado lo retenía en su asiento a pesar de su voluntad de alejarse de allí.

A lo lejos empezó a divisar una caravana de hombres, mujeres y niños, que parecían acudir a alguna feria.

Era una larga fila de inmigrantes que cruzaban la plaza marchando detrás de sus equipajes que ellos mismos ayudaban a transportar.

Jóvenes en su mayor parte, fuertes, vigorosos, con esa robustez peculiar de los hijos de las montañas.

Vestían sus mejores trajes: los hombres, sus chaquetillas lustrosas, con botones de metal, colgadas del hombro derecho, y dejando ver su camisa blanca, amplia, de hilo crudo, sujeta al cuello con un pañuelo de seda multicolor; sombrero de fieltro, en cuya cinta habían colocado algunos una pluma; el brazo izquierdo desnudo, musculoso, férreo, caras plácidas, de hombres sanos, contentos, sanguíneos; hablaban fuerte en su dialecto especial, echando tal vez sus cuentas sobre la probabilidad de una próxima fortuna.

Algunos llevaban en sus brazos criaturas rollizas, rubias, con la plasticidad exuberante de la buena pasta con que estaban amasados; otros iban encorvados, cargando sobre sus espaldas cuadradas sus baúles y sus valijas, jadeantes, colorados, dejando caer gruesas gotas de sudor sobre la arena caliente y brillante del suelo. Las mujeres, con sus trajes de aldeanas, de colores vivos, con sus caderas anchas, redondeadas, sobre las que apoyaban negligentemente su mano.

De facciones correctas, y algunas hasta hermosas, con sus colores de manzana madura, sus grandes ojos negros, vivos y de mirar curioso; dentadura fuerte, blanca, compacta, y un seno elevado, turgente, capaz de alimentar tres chicuelos hambrientos; cubría su cabeza un

pañuelo de lanilla de fondo gris con flores estampadas, atado delante con un nudo abierto: una simple vuelta para que los dos extremos de sus puntas simétricas caigan con igual armonía sobre los hombros; la garganta descubierta, blanca, ostentando vueltas de cadenas de gruesas cuentas de oro, en cuyo centro colgaban amuletos de coral o la imagen venerada de la *madona* de su aldea.

Iban caminando lentamente detrás del carro y sus equipajes: un gran carro, en el que se había apiñado una pirámide de baúles, de valijas, cestas nuevas, en cuyos escalones iban sentados algunos de los inmigrantes, en mangas de camisa, con el pecho descubierto, quemado por el sol, y a la sombra de grandes paraguas verdes y colorados para proteger a los niños que estaban allí prendidos al pecho de las madres recostadas cómodamente contra las valijas.

Era una especie de marcha triunfal a las doce del día bajo los rayos del sol ardiente; parecía una ovación a este pedazo de la América, cuya fama corre hasta golpear las puertas de las aldeas más remotas, en busca de brazos vigorosos con la insignia de la mies y del arado. ¡Cuántos se acordarían de sus hogares y cielo, a quienes habían saludado por última vez al doblar el camino de sus queridas montañas; enviando una despedida cariñosa al campanario de su aldea que parecía asomarse empinado desde el fondo del valle para decirles una vez más: aquí los espero... ¡hasta la vuelta!

.....
Nuestro hombre estaba absorto. Contemplaba ese espectáculo tantas veces reproducido en nuestras calles, y sin saber por qué, experimentaba un sentimiento de tristeza... Era una nueva humillación para su estado.

Esas pobres gentes que desfilaban ante sus ojos contentas, fuertes, despreocupadas; que venían a una tierra extraña con la promesa halagadora de un bienestar que en la suya no habían conseguido; que habían abandonado su aldea, su hogar, sus afecciones; que habían reunido todos sus pobres haberes para venir a la América; que los habían alojado a bordo como fardos, sufriendo todas las inclemencias de su pobreza, le daban envidia, le despertaban un sentimiento de admiración y de cariño y hubiese deseado ser fuerte como ellos para incorporarse a esa comitiva y lanzarse él también a las colonias a surcar la tierra con el arado.

Pero él era un señor; sabía muchas cosas, había estudiado, había aprendido lo que esos infelices ignoraban y no aprenderían nunca; la sociedad le pasaba un nudo al cuello del que no podía desasirse; él era hombre culto, vestía ropas raídas, es cierto, pero estaban blasonadas con el corte de la moda; en cambio, esas chaquetillas de pana y de estameña le parecían afrentosas para un hombre de su especie. Sin embargo, nunca halló más irónica esa civilización que todo lo ajusta a las formas y a las conveniencias, que lo convertía en un maniquí de sus propias pasiones y que no le dejaba dar un paso sin ponérsele por delante y decirle con aire de reproche: este es tu camino.

-No puedo ser como ellos-dijo lentamente; estoy vinculado para siempre a esta miseria que me abrumba, y cuando ellos hayan adquirido fortuna, bienestar, y vuelvan por aquí, alegres, satisfechos regresando por el camino que han venido, holgados en trajes de paño y en su camisa de batista, con aire de señores, acompañados de sus hijos con el tipo varonil que yo he perdido, pasarán orgullosos fuertes todavía, bendiciendo la hospitalidad recibida y dejando con tristeza el penacho de humo de su fábrica, zumbando en sus oídos la rueda del molino o pintada en la retina la llanura inmensa abierta de espigas y de verdura, para ir a divisar de nuevo la cumbre de las montañas y a cumplir en romería la promesa a su *madona*

protectora.

-Yo estaré allí -dijo, y extendió su brazo en dirección al cementerio.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

